

Dossier

Entre Asia, América y Europa: ¿los misioneros cristianos como intelectuales interculturales?

Los Franciscanos en el Japón del siglo XVI

Misioneros vestidos con piel de embajadores

Recibido: 28 de abril de 2016

Aceptado: 15 de mayo de 2016

Jonathan López-Vera

Universitat Pompeu Fabra, Barcelona
jonathan.lopez@upf.edu

Resumen

En este breve artículo se pretende abordar de manera introductoria el análisis una de las misiones católicas que llegó a Japón en el siglo XVI, la de los franciscanos, y, en especial, el mecanismo utilizado para conseguirlo, un mecanismo que generó una gran polémica desde aquel mismo momento, en especial por parte de los jesuitas. Además, tras esta estrategia algunos han visto uno de los motivos del fracaso de la misión católica en Japón. En este artículo se arroja algo de luz al respecto de estos temas utilizando fuentes primarias castellanas.

Palabras clave:

Japón; Castilla; Filipinas; Toyotomi Hideyoshi; Franciscanos; Jesuitas

Franciscan in Japan the XVI Century

Missionaries ambassadors dressed in leather

Abstract

In this short paper we want to present in an introductory way the study of one of the Catholic missions that reached Japan in the sixteenth century, the Franciscans, and, in particular, the mechanism they used to achieve this goal, a mechanism that generated great controversy right since that moment, especially by the Jesuits. Moreover, some have seen this strategy as one of the reasons for the failure of the Catholic mission in Japan. This article sheds some light on these issues by using Castillian primary sources.



Keywords:

Japan; Castile; Philippines; Toyotomi Hideyoshi; Franciscans; Jesuits

Introducción

El contacto entre Europa y Japón durante los siglos XVI y XVII constituye un interesante y amplísimo campo de estudio sobre el que se ha trabajado y se trabaja profusamente tanto desde las diferentes academias occidentales como desde la japonesa. De forma más concreta, quizá el tema más popular dentro de este campo sea el de la misión jesuita, fuente de una literatura ingente ya desde la misma llegada al país de la Compañía de Jesús. En este breve artículo se pretende abordar –aunque de manera introductoria– el análisis de otra de las misiones católicas que llegó a Japón, algo más tarde: la de los franciscanos, así como el mecanismo utilizado para conseguirlo, un mecanismo que generó una gran polémica desde aquel mismo momento, en especial por parte de los jesuitas. Además, tras esta estrategia se ha visto uno de los motivos del fracaso de la misión católica en Japón, siempre dentro del tenso debate en el que las diferentes órdenes se han culpado mutuamente de este fracaso durante siglos. En este artículo se pretende, humildemente, arrojar algo de luz al respecto de estos temas.

Contexto previo al contacto japonés con Filipinas

En 1543 unos comerciantes portugueses se convirtieron en los primeros europeos en poner un pie en Japón y, con ello, consiguieron el último de los objetivos que Portugal se había propuesto más de un siglo antes, el de llegar por mar al otro extremo de la famosa ruta de la seda y las especias, así como a los casi legendarios territorios de Catay y Cipango. Las dos principales motivaciones tras el interés luso por abrir un ruta marítima hasta Asia Oriental eran el comercio y la evangelización católica, así que sólo seis años después de los comerciantes llegaron también a Japón tres miembros de la recién fundada orden de la Compañía de Jesús. El rey portugués Juan III (1502-1557), conocido por su gran fervor religioso, simpatizó rápidamente con los jesuitas y pidió al papa que fuesen éstos los encargados de llevar la evangelización a los nuevos territorios portugueses, por lo que durante los años en los que únicamente este país tuvo tratos con Japón y China, fueron los jesuitas los únicos religiosos occidentales en la zona.



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

Se ha escrito largo y tendido acerca de la misión jesuita en Japón, desde ese mismo momento y hasta la actualidad, y no es el tema que aquí nos ocupa –ni disponemos de un espacio que nos permita entretenernos demasiado hablando de ello–, así que baste con un brevísimo y superficial resumen, necesario para seguir con el relato. Durante las primeras cuatro décadas de la misión japonesa, ésta fue considerada por los jesuitas como un gran éxito, y así se transmitía a Roma y se anunciaba a voces en toda Europa. La japonesa era una sociedad altamente civilizada que parecía encajar perfectamente con la forma de funcionar de la Compañía de Jesús, pues tenía unas élites –el principal objetivo jesuita– muy cultas y abiertas a las novedades, además, sólo era necesario aprender un único idioma para llegar a todos los japoneses y existían en el país ya varias religiones y sectas, por lo que no debería ser complicado introducir una más. Allí desarrollaron los jesuitas la famosa estrategia de adaptación que utilizarían posteriormente también en China con cierto éxito. Así, los primeros misioneros escribieron informes muy optimistas acerca de sus progresos y del gran número de conversiones que iban logrando¹. Lo que no se comentaba tan alegremente era que la Compañía participaba del lucrativo comercio portugués –el de esclavos incluido–, obteniendo un buen porcentaje de sus beneficios y decidiendo en qué puerto japonés atracaban las naves lusas que venían de Macao cargadas de productos chinos y, sobre todo, de modernos arcabuces europeos. Ambas mercancías eran muy interesantes para Japón: las primeras porque desde hacía pocas décadas la China de los Ming había cortado las relaciones diplomáticas y comerciales con los japoneses, dejando un apetitoso vacío para los portugueses, que actuaron como intermediarios; las segundas, las armas de fuego, por ser inexistentes hasta entonces en Japón, se convirtieron en el más codiciado botín para los *daimyō*², enfrentados entre sí en una guerra civil de todos contra todos desde hacía casi un siglo, una guerra que los arcabuces podían decantar de un lado u otro. Estos señores regionales aprendieron muy pronto que para acceder a los beneficios económicos del comercio y a las armas de fuego para sus ejércitos, tenían que llevarse bien con los misioneros, por lo que muchos de ellos les dieron permiso para predicar en sus dominios, les autorizaron a abrir iglesias o escuelas, les dejaron educar a sus hijos o incluso se convirtieron al cristianismo, en ocasiones acompañados de todos sus súbditos, quisieran

¹ Por ejemplo, Carta del jesuita Francisco Javier (1506-1552), fechada en Kagoshima el 5 de noviembre de 1549, recogida en Javier, 2005, pp.12-13.

² Literalmente “gran nombre”, equivaldría a lo que entendemos como “señor feudal”, salvando las muchas distancias, o “gran terrateniente”, aunque las características pueden variar bastante dependiendo del periodo histórico.



éstos o no. Gracias a ello, la misión católica fue prosperando en Japón. Las fuentes jesuitas nos dicen que para inicios de la década de 1580 había en unos 150.000 japoneses convertidos³ –aunque es una cifra claramente exagerada porque incluye a miles de personas que, como decíamos, se consideraban automáticamente convertidas por haberlo ordenado así su *daimyō*–, mientras que otras nos hablan de 100.000⁴, y otras los cifran en apenas 15.000⁵ en ese mismo momento.

De cualquier forma, la buena fortuna de la misión jesuita acabó en 1587, cuando Toyotomi Hideyoshi (1537-1598) conquistó la isla de Kyūshū⁶. Hideyoshi⁷ era el segundo de los llamados “Tres Unificadores de Japón” y el primero que consiguió conquistar todo el país, terminando lo que la muerte de su señor, Oda Nobunaga (1534-1582), había dejado a medias. Como su antecesor antes que él, Hideyoshi en un principio se mostró tolerante e incluso favorable hacia la misión jesuita, pero esto cambió cuando al hacerse con Kyūshū se dio cuenta del gran poder que tenían allí los sacerdotes. Varios *daimyō* se habían convertido ya a la nueva religión e incluso uno de ellos había cedido a perpetuidad la pequeña villa de Nagasaki a los jesuitas, quienes la habían convertido en un importante puerto y una ciudad en rápido crecimiento gracias al comercio portugués, que desde ese momento no necesitó ir buscando otros puertos en los que recalar. Este mismo *daimyō*, una vez bautizado, había mandado tirar abajo e incluso incendiar gran cantidad de templos budistas y santuarios sintoístas de sus dominios y obligado a convertirse a más de sesenta mil de sus súbditos, prácticas que posteriormente habían copiado otros señores cristianos. Hideyoshi comprobó también que los jesuitas solían entrometerse en asuntos de política, mediando como parte interesada entre los *daimyō* cristianos e incluso alardeando de su influencia sobre ellos ante el propio Taikō⁸.

³ Elisonas, 1991b, p.333.

⁴ Deal, 2006, p.217.

⁵ Iaccarino, 2013, p.40.

⁶ La isla más al sur de las cuatro que principalmente forman Japón, donde el cristianismo estaba más extendido que en ninguna otra zona del país.

⁷ Aunque para los nombres japoneses se ha optado por mantener el orden propio de la onomástica japonesa, con el apellido familiar primero y el nombre de pila después, en el caso de personas de gran importancia, es común el abreviar usando únicamente el nombre de pila, no el apellido, como hacemos con Hideyoshi; en muchos casos es además para evitar la confusión con otro miembro de la misma familia, como podría suceder con los Tokugawa.

⁸ Hideyoshi había recibido de la corte en 1585 el título de *kanpaku*, regente, un título que seis años más tarde cedió a su heredero, pasando él entonces a tener el de *taikō*, regente retirado; una costumbre muy común tanto en emperadores, regentes o shōgunes era la de abdicar en favor de un



El 24 de julio de ese mismo 1587, estando aún en Kyūshū, Hideyoshi publicó el “edicto de expulsión de los sacerdotes”⁹, en el que daba a los misioneros un plazo de veinte días para abandonar Japón, y este edicto marcaría un punto de inflexión para la misión cristiana japonesa. Además de esto, Nagasaki y el resto de propiedades de los jesuitas les fueron confiscadas. Los misioneros, tras el impacto inicial por el cambio de actitud repentino del Taikō, le desobedecieron, no marchándose del país, aunque desde ese momento pasaron a funcionar de forma muy discreta y casi clandestina. Hideyoshi era obviamente conocedor de ello, pero optó por no hacer nada al respecto, y el edicto no se llegó a implementar, destruyéndose únicamente algunas iglesias y obligando a algunos *daimyō* a renunciar a su fe. El nuevo hegemón japonés sabía que si expulsaba completamente a los sacerdotes, Felipe II (1527-1598) no permitiría el comercio portugués en Japón, por lo que, de momento, esperaba que los jesuitas hubiesen captado el mensaje, evitasen inmiscuirse en asuntos políticos y procurasen desarrollar su misión sin hacer demasiado ruido; y llegado el caso – que llegaría, como veremos– tenía ya una ley a la que acogerse si los religiosos volvían a confiarse y a actuar libremente. Éstos tenían que aprender que el periodo de guerra civil había terminado y ya no valía de nada ganarse el favor de ningún *daimyō*, puesto que estos señores ya no eran gobernantes absolutos de sus territorios sino hombres del Taikō, sujetos a sus órdenes.

Contacto japonés con Filipinas

En el edicto de expulsión de los jesuitas de 1587, Hideyoshi dejaba claro que la expulsión hacía referencia únicamente a los sacerdotes, no a los comerciantes, cuya actividad sí le interesaba y pretendía controlar personalmente. De todas formas, buscando escapar del monopolio portugués que encarecía los precios, se interesó por abrir una posible vía de comercio alternativa y, puesto que el trato con los chinos seguía cerrado, las Filipinas eran una de las pocas opciones disponibles. Así, a partir de 1591 se autorizó el comercio con Manila¹⁰ y se iniciaron unas muy tímidas relaciones diplomáticas oficiales mediante el intercambio de varias embajadas teñidas por el miedo y la desconfianza por el lado

heredero, pero seguir ejerciendo el poder real pese a ello. Aunque en 1587 Hideyoshi era aún *kanpaku*, la palabra *taikō* ha pasado a ser un sobrenombre por el que se le conoce únicamente a él.

⁹ Puede encontrarse traducido al castellano en, por ejemplo, Takizawa, 2010, p.88-89.

¹⁰ Reyes, 2009, p.54.



castellano; se trató meramente del envío de algunas cartas entre el Taikō y el gobernador de Manila en las que se intercambiaba ambigüedad japonesa por vacuidad castellana destinada a ganar tiempo y, quizá lo más importante, del oportunismo de las órdenes mendicantes al utilizar este proceso como trampolín para dar el salto –de forma más o menos legítima– a Japón, y acabar así con el monopolio jesuita.

Los castellanos de Filipinas habían tenido cierta relación con japoneses desde poco después de su llegada a las islas, y encontramos en sus documentos referencias tanto a sus comerciantes¹¹ como a distintos ataques por parte de sus piratas¹². Pero mientras que Japón estuvo inmerso en su situación de guerra civil, los países vecinos, Filipinas incluidas, poco habían tenido que temer de los japoneses. Este escenario cambió considerablemente a partir de 1590, cuando Toyotomi Hideyoshi venció a los Hōjō, el último clan poderoso que se le oponía, quedando solamente por conquistar la zona norte del país, que sucumbiría fácilmente sólo un año después. A partir de este momento en Filipinas existió un miedo constante a un intento de conquista de las islas por parte de Japón, tal y como vemos expresado en infinidad de documentos de la época¹³, a veces sólo como un temor y otras como rumores más o menos fundados. Las autoridades de Manila dieron credibilidad a estas informaciones, o por lo menos prefirieron ser precavidos, y el gobernador Gómez Pérez Dasmariñas (1539-1593) decretó en 1592 el estado de guerra¹⁴, decidiendo, entre otras medidas, mejorar las defensas de la ciudad y pedir refuerzos a Nueva España. Japón estaba en realidad preparándose para una inminente invasión de Corea con vistas a una posterior conquista de China, pero estos preparativos se leyeron desde Manila como una amenaza hacia ellos.

¹¹ Carta del gobernador Miguel López de Legazpi (1503-1572) a Felipe II del 23 de julio de 1567, en el Archivo General de Indias de Sevilla –en adelante abreviado como A.G.I.–, sección Filipinas 6 R1 N5. Carta de Legazpi sobre descubrimientos..., 15/07/1567.

¹² Carta del gobernador Gonzalo Ronquillo (?-1583) a Felipe II, en A.G.I., sección Filipinas 6 R4 N49. Carta de Ronquillo sobre franciscanos, poblamientos, etc., 16/06/1582. Carta del gobernador Diego Ronquillo (?-?) al virrey de México, en A.G.I., sección Filipinas 6 R5 N53. Carta de Diego Ronquillo sobre incendio de Manila, etc., 21/06/1583.

Curiosamente, la mayoría de estos piratas, los llamados *wakō*, era de origen chino, aunque tuviesen sus bases en territorio japonés.

¹³ Por ejemplo, en A.G.I., sección Filipinas 18B R2 N5. Información acerca de los preparativos de guerra..., 20/04/1592.

Informó además de todo ello a Felipe II en una carta disponible en A.G.I., sección Filipinas 18B R2 N7. Carta de G.P. Mariñas sobre ataque japonés, 31/05/1592.

¹⁴ Sola, 1999, p.45.



Ese mismo 1592, dentro de este clima de temor y sospecha, llegó a Manila un japonés portando una carta de Hideyoshi¹⁵ para el gobernador –además de otras de algunos de sus hombres de confianza¹⁶. En su carta Hideyoshi pedía que le fuese enviada una embajada o, en su defecto, amenazaba con atacar las Filipinas, aunque no quedaba completamente claro si dicha embajada debía ser una muestra de amistad para con Japón o de vasallaje. Ante la amenaza, el gobernador decidió efectivamente responderle con una embajada, pero, aprovechando esta ambigüedad de la misiva del Taikō, en su carta de respuesta básicamente sólo preguntaba qué era en concreto lo que se quería de Manila y, por tanto, de Castilla. De esta forma, el gobernador ganaba tiempo antes de dar una respuesta concreta, un tiempo que podía emplear en pedir a Madrid más dinero y soldados para poder defenderse de los japoneses si finalmente lo que Hideyoshi pedía era la pleitesía de los castellanos, algo del todo inaceptable para éstos. Además, y se trata de un detalle que tendría su importancia posteriormente, en el encabezamiento de la carta a Hideyoshi Dasmariñas recitaba la larguísima lista de títulos y territorios de Felipe II.

A esta primera embajada castellana siguió una segunda embajada japonesa que continuó sin aclarar demasiado las intenciones de Hideyoshi, sobre todo porque el encargado de llevar la carta del gobernador, el dominico fray Juan Cobo (1547-1593), naufragó y murió en su viaje de regreso a Manila, por lo que de lo sucedido en Japón no quedó más que la versión que relató este segundo embajador japonés y las de otras fuentes de poca confianza para los castellanos¹⁷. Pero lo que podría parecer un problema fue para Dasmariñas algo positivo, pues esta persistencia de la ambigüedad le permitía ganar aún más tiempo, enviando una nueva embajada a Hideyoshi en la que, de nuevo, no se comprometería a nada. Y para ello eligió al franciscano Pedro Bautista (?-1597).

Franciscanos en Japón

¹⁵ A.G.I., sección Filipinas 18B R2 N12. Dos traducciones de la carta del rey del Japón..., 11/06/1592.

¹⁶ A.G.I., sección Filipinas 18B R2 N12. Traducción de carta de camarero del rey de Japón..., 11/06/1592. A.G.I., sección Filipinas 18B R2 N12. Traducción de carta del capitán general de Japón..., 11/06/1592.

A.G.I., sección Filipinas 18B R2 N12. Traducción de carta del rey de Firando..., 11/06/1592.

¹⁷ Recogidas en A.G.I., sección Filipinas 6 R7 N107. Testimonio embajador de Japón, Faranda y Juan Cobo, 01/06/1593.



Antes del envío de esta embajada fue necesario convocar un consejo religioso en Manila, en el que estaban presentes los obispos de las Filipinas y de Malaca, para debatir el tema y encontrar razones suficientes para justificar el envío de un grupo de franciscanos a Japón, contraviniendo así un *motu proprio* del Papa Gregorio XIII (1502-1585) en el que basaban los jesuitas la exclusividad de su misión japonesa. Finalmente se acordó autorizar el envío de franciscanos, aprovechando el respaldo de un breve apostólico del Papa Sixto V (1521-1590)¹⁸ y con el pretexto de que desde el edicto de Hideyoshi de 1587 los jesuitas estaban teniendo muchos problemas para la evangelización de Japón y necesitaban ayuda de las otras órdenes, por el bien del cristianismo en el país. Además, Bautista y sus compañeros viajarían en calidad de embajadores, no de religiosos. Pese a todas estas justificaciones, este asunto aumentaría la rivalidad entre los jesuitas y las órdenes mendicantes y, de forma indirecta, entre Portugal y Castilla.

Los franciscanos habían llegado a las Filipinas en 1575 y, después de décadas evangelizando en el territorio americano, su intención era la de continuar esta misión en Asia tomando Manila como base de operaciones, y fijaron su atención en un principio en China, obviamente la parte más apetecible del pastel asiático. Hacia mediados de la década de 1580, y ante el fracaso de sus intentos por empezar a funcionar allí, decidieron cambiar de objetivo y tratar de entrar en Japón, hasta entonces monopolio de los jesuitas puesto que, en teoría, se encontraba dentro del territorio que los tratados de Tordesillas (1494) y de Zaragoza (1529) otorgaban a Portugal. El edicto de Hideyoshi de 1587 se convirtió en una gran oportunidad para las órdenes mendicantes, que argumentaban que a causa de la pésima gestión de los jesuitas les había sido prohibido el continuar con su misión en tierras japonesas, por lo que se hacía necesario que alguien se encargase de la evangelización allí. Así, a partir de ese momento, aumentó su insistencia tanto en Manila como en Madrid, apoyados por el resto de órdenes mendicantes, como agustinos o dominicos, que creían que, una vez abierta la puerta de Japón, ellos también podrían entrar¹⁹.

Sabemos de lo sucedido durante la embajada de fray Pedro Bautista gracias a un informe que recoge las declaraciones de varios testimonios directos²⁰, una carta de Pedro González

¹⁸ Sola, 1999, pp.56, 59.

¹⁹ Reis, 2001, p.81.

²⁰ A.G.I., sección Filipinas 6 R7 N103. Testimonio sobre envío de embajada de franciscanos..., 10/06/1593.



de Carvajal (?-?)²¹ –quien acompañó al grupo de Bautista y volvió a Manila con una carta de Hideyoshi–, y una carta posterior de otro franciscano, fray Jerónimo de Jesús (?-?)²². Por todos ellos sabemos que Bautista y otros tres franciscanos partieron para Japón en junio de 1593, aunque no verían a Hideyoshi hasta octubre. Antes de la entrevista, y estando ya en Nagoya²³, el que había sido embajador japonés en Manila insistió en que el regalo que la embajada traía debería ser más generoso, llegando a ofrecer dinero de su bolsillo para ello, pero los franciscanos se negaron por sospechar que éste quería hacer pasar el regalo de amistad por un tributo de vasallaje, e incluso amenazaron con marcharse de vuelta a Filipinas. Cuando finalmente el Taikō accedió a recibirlos, Bautista le hizo entrega de la carta de Dasmariñas y le comunicó que Manila le ofrecía su amistad, pero no reconocía más autoridad que la del rey Felipe II y la de Dios, y que en señal de esta amistad, se ofrecía, junto a sus tres compañeros franciscanos, a permanecer en Japón como rehenes de buena voluntad. Lógicamente, lo que Bautista pretendía era lo que las órdenes mendicantes llevaban tanto tiempo persiguiendo, entrar en Japón para empezar su misión evangelizadora allí. Hideyoshi aceptó el ofrecimiento y, como nos explica González de Carvajal en la carta antes citada:

pidiéndole estos padres un pedazo de sitio para hacer una casa y iglesia, les dijo que él les daría casa muy ancha donde estuviesen y de comer, y luego mandó que se les diese el sitio y casa que ellos escogiesen, y por ser la tierra tan fría, mandó a los padres que son descalzos se calzasen y se vistiesen, que él les daría con qué, y que los trataría como a hijos y que ellos le obedeciesen como a su padre.

Hideyoshi donó a los franciscanos 16.000 metros cuadrados²⁴ de terreno en la capital, Kioto, donde los frailes construyeron una pequeña iglesia, un convento, un hospicio y un hospital para leprosos. Algunos historiadores creen que Hideyoshi no castigó –de momento– el que los franciscanos aprovecharan su condición de embajadores en el país para emprender su tarea evangelizadora porque esperaba poder comerciar con los

²¹ A.G.I., sección Filipinas 6 R7 N110. Carta de Pedro González de Carvajal sobre su viaje a Japón, 1594.

²² A.G.I., sección Filipinas 29 N57. Carta de fray Jerónimo sobre los japoneses y su emperador, 10/02/1595.

²³ No se trata de la actual ciudad de Nagoya, sino de otra en la que estaba el cuartel general de Hideyoshi para la invasión de Corea, en Kyūshū, cerca de Nagasaki.

²⁴ Cabezas, 1995, p.217. Como es norma en esta obra de Cabezas, no cita sus fuentes, por lo que hay que tomar la cifra con cautela, pero lo que sí sabemos es que les cedió un generoso terreno.



castellanos a través de Manila, lo que acabaría con el monopolio comercial portugués y haría bajar los precios. Buscaría así emplear la misma estrategia que venían utilizando desde hacía décadas los *daimyō* de Kyūshū, quienes habían protegido y favorecido a los jesuitas para así conseguir el comercio con los portugueses. La actividad de los franciscanos en Japón a partir de este momento levantaría numerosas críticas por parte de los jesuitas, quienes desde el edicto de 1587 venían desarrollando su evangelización intentando no llamar la atención, y ahora veían a estos recién llegados funcionar abiertamente sin ninguna discreción, y sin adaptarse a la sociedad japonesa como habían hecho –de forma muy planificada y dirigida– los sacerdotes de la Compañía de Jesús. Esta ha sido una crítica constante por parte de autores jesuitas, como Bayle, cuando dice “el celo de los frailes no sufrió esperas: levantan templos y casas en Meaco²⁵, Osaka y Nagasaki; y por intérpretes al principio, y por sí, cuando supieran la lengua, catequizan y predicán sin embozo”²⁶. En general, la mayoría de autores ven el comportamiento de los franciscanos como algo acorde con el ardor característico de su orden²⁷, mostrando siempre una actitud de oposición a la sociedad japonesa en este caso²⁸, considerada pagana y bárbara, una visión muy alejada de la admiración mostrada por algunos de los líderes de la misión jesuita, como Francisco Javier o Alessandro Valignano (1539-1606). Para los franciscanos, sólo había una verdad, la suya, y esta no podía ni debía ser modificada dependiendo del territorio que se intentase evangelizar.

En lo que respecta a la parte diplomática de la embajada –aunque ya vemos que para los franciscanos no era la más importante–, en enero de 1594 Hideyoshi entregó a Bautista una nueva carta para Dasmariñas²⁹, que sería llevada a Manila por Pedro González de Carvajal. Unos meses antes, en una expedición a las Molucas durante el mes de octubre, Dasmariñas había sido asesinado en un motín a manos de los remeros chinos de su propia embarcación, por lo que en el momento de llegar González de Carvajal el puesto de gobernador de las Filipinas recaía en el hijo de Dasmariñas, llamado Luis Pérez Dasmariñas (?-?), aunque de forma temporal, hasta el nombramiento de un nuevo gobernador. En la

²⁵ Transcripción libre de “Miyako”, en japonés “capital”, refiriéndose a Kioto, a veces se usa también “Miaco”.

²⁶ Bayle, 1935, p.90.

²⁷ Elisonas, 1991a, pp.363-364.

²⁸ Reis, 2001, p.87.

²⁹ A.G.I., sección Filipinas 6 R8 N114. Testimonio carta emperador Japón, acuerdo respuesta, 22/04/1594.



carta, Hideyoshi no aportaba demasiado a lo que ya se había tratado en las anteriores misivas y entrevistas, por un lado ofrecía una relación de amistad pero por otro explicaba cómo había vencido a coreanos y chinos –a medio camino entre la exageración y la mentira– por haberse negado éstos a reconocerle. Añadía una petición que ya les comentase a Bautista y sus compañeros, quería que se le enviase una embajada desde Castilla formada por alguna persona muy importante de la corte de Felipe II. Esta petición de Hideyoshi fue atendida por Dasmariñas hijo, quien envió al mismo González de Carvajal a Madrid para solicitar esta embajada³⁰.

En lo referente a la petición de amistad –o de obediencia– y las veladas amenazas en caso de negarse, vemos nuevamente como desde Manila no se concreta una respuesta que vaya más allá de corresponder a la amistad y recordar que los castellanos no reconocen otra autoridad que no sea la de Felipe II y la de Dios. En una carta de Dasmariñas hijo a Felipe II³¹ –que llevaría a Madrid González de Carvajal– le comunica la poca confianza que tiene en las intenciones de Hideyoshi y que necesitan ganar más tiempo:

se deja bien conocer la poca seguridad que nos promete su amistad y palabras y que cualquier pequeña ocasión le ha de mover a romperla, yo le voy entreteniendo para ganar [tiempo] para acabar de fortificar esta plaza, haciendo buen tratamiento a los [...] y japones que aquí vienen (...) enviarle en razón de la amistad asentada un presente a fin como digo [de di]simular y entretenerle.

Además informa de las mejoras en las defensas de Manila y pide que le sean enviados más refuerzos desde Nueva España por si se produjese el temido ataque japonés. Nada nuevo, pues, como tampoco sería ninguna novedad ya el siguiente paso que adoptó, volver a enviar a un grupo de franciscanos a Japón para entregar su respuesta Hideyoshi y, de paso, para que se quedasen allí y fortaleciesen la presencia franciscana en el país. En la carta, las únicas novedades son la notificación de la muerte de Gómez Pérez Dasmariñas y la promesa del futuro envío de un grande de Castilla como embajador, tal y como el Taikō había reclamado –aunque esto no llegaría a producirse nunca. Parece así que hemos

³⁰ A.G.I., sección Filipinas 6 R8 N115. Carta de L.P. Mariñas sobre embajada Pedro González, 25/06/1594.

³¹ A.G.I., sección Filipinas 18B R4 N29. Carta de L.P. Mariñas sobre desconfianza en rey Japón, 23/06/1594.



entrado desde el principio en una especie de bucle diplomático en el que no se avanza realmente hacia ninguna dirección. En esta ocasión, la embajada estaría liderada por fray Jerónimo de Jesús, quien sería muy probablemente el franciscano con mayor trascendencia de los que visitaron Japón, aunque sobre todo en tiempos del *shōgunato*³² Tokugawa.

Así, en el verano de 1594 partía de Manila esta nueva legación diplomática que llevaría a de Jesús y tres franciscanos más –aunque uno fallecería durante el viaje– hasta la capital de Japón. La principal fuente de información de lo que sucedió con dicha embajada la hallamos en una completísima carta del propio de Jesús a un franciscano en Manila llamado Francisco de las Misas (?-?)³³, para que éste hiciera llegar esta información al Consejo de Indias. En ella, explica que fueron muy bien recibidos por Hideyoshi, a quien habían gustado mucho los regalos enviados por el Gobernador, sobre todo unos ejemplares de una especie de búfalo de agua propio de las Filipinas llamado carabao y que hasta el momento no se había visto en Japón, y destaca lo mucho que el Taikō aprecia a los franciscanos. Después habla de cuánto ansían los japoneses tomar las Filipinas, por el mucho oro que allí hay y por los tibores que allí se fabrican, unas sencillas tinajas de barro que en las Filipinas son baratas y humildes pero por las que se pagan precios muy altos en Japón, explica que ese mismo año el propio Hideyoshi confiscó una buena cantidad de ellas a los mercaderes japoneses y “le han valido al emperador las tinajas viejas de Manila este año ochenta mil taes, que son más de cien mil ducados”. Respecto a la carta de Dasmariñas, parece por las palabras de de Jesús que Hideyoshi no le hizo demasiado caso –de lo que no podemos culparle, pues, como hemos comentado, poco interesante se decía en ella:

juraría (...) que cuando el rey³⁴ vio la carta, que se holgó más con el oro en que iba envuelta que no con la carta, aunque era de su señoría del Gobernador. Porque

³² Gobierno militar, también conocido como “bakufu”, al frente del cual se sitúa el *shōgun*, título hereditario concedido por el emperador que, a partir de finales del siglo XII, equivaldría a dirigente del país, a veces se traduce como “caudillo” o incluso como “generalísimo”. A lo largo de la historia japonesa ha habido tres *shōgunatos*: el Kamakura (1185-1333), el Ashikaga (1338-1573) y el Tokugawa (1603-1867).

³³ A.G.I., sección Filipinas 29 N57. Carta de fray Jerónimo sobre los japoneses y su emperador, 10/02/1595.

³⁴ En los documentos europeos de la época hay bastante confusión en lo relativo a los títulos de los gobernantes japoneses, y es muy común ver la palabra “rey” para referirse al *daimyō* de un determinado territorio, “el rey de Hirado”, por ejemplo, así como “rey de Japón” para designar a quien dirija el país en ese momento. Muchas veces, incluso, para esto mismo vemos utilizar el título de “emperador de Japón”, pese a que Japón tuviera de hecho un emperador como tal.



realmente estos bárbaros, como no esperan otra vida, toda su felicidad ponen en que les envíen regalos y presentes. Y, así, este año le envíen algo, por amor de Dios.

Explica además que Hideyoshi tiene ejércitos enormes, algunos enviados a Corea, otros enfrascados en la construcción de la ciudad de Fushimi³⁵, por lo que, en caso de querer conquistar las Filipinas, no sería demasiado complicado para él, y que incluso hay algunos señores que se han ofrecido para encargarse de ello:

y no es menester más que dar licencia a los de Saxima³⁶, que han pedido la conquista de Manila, para ir de tierra en tierra, de isla en isla, hasta Cagayán. Por eso importa mucho estar Manila siempre con gente y hacer la muralla mayor, y sobre todo importa conservar esta amistad comenzada con regalillos que de allá se le puedan enviar.

Expresa también su deseo de que continúe la guerra en Corea, para que los japoneses estén ocupados y no piensen en ir a luchar a otros lugares, pues “son gente que no saben vivir sin probar sus catanas, y ésto en tanto grado que se cortan unos a otros, y ellos a sí mismos”. Continúa detallando lo bien que trata Hideyoshi a los franciscanos y describiendo el terreno que les ha donado en la capital y las actividades que allí realizan, asegurando que gracias a ello están logrando un gran número de conversiones, aunque algunas de ellas en secreto pues Hideyoshi les ha dado permiso únicamente para convertir a pobres, temiendo que los nobles se le pudiesen sublevar. Pide que se informe al Consejo de Indias de que, mientras que los jesuitas son perseguidos pese a funcionar a escondidas y vestidos de japoneses³⁷, los franciscanos gozan del favor del Taikō, y tienen un convento en plena capital del país. Para terminar hace una afirmación que podríamos casi tildar de profética:

Si se convirtiese [Hideyoshi], sería un gran bien para este reino; pero creo que tal cosa no piensa; antes piensa, según dice, hacerse adorar (...) y muerto él

³⁵ Actualmente es parte de la ciudad de Kioto, entonces a “dos leguas” de la capital –en palabras de de Jesús–, allí construyó Hideyoshi su castillo, el conocido como castillo de Momoyama.

³⁶ Transcripción libre de “Satsuma”.

³⁷ Los jesuitas que había en Japón, por orden de Alessandro Valignano y como parte de su estrategia de adaptación, vestían con ropajes muy similares a los de los bonzos budistas japoneses; de la misma forma, en China lo hacían con ropas propias de los letrados chinos.



comenzarán, como suelen, a dividirse los reinos y haber guerras unos con otros; y, así, Manila estará quieta en el entretanto.

14

Pese al buen recibimiento que, según de Jesús, les dio Hideyoshi, fueron pasando los meses y éste no llegó a responder la carta de Dasmariñas hijo, hecho que los franciscanos disculparon y justificaron ante Manila. Pero por lo que parece, en las Filipinas no se tomó la falta de respuesta como una ofensa y quedaron suficientemente satisfechos con que la tan temida invasión japonesa estuviese, por lo menos, pospuesta.

Desde finales de 1594 a finales de 1596 no hubo ninguna otra comunicación entre Hideyoshi y Manila, dándose dos años de calma tanto en lo diplomático como en los miedos castellanos de un ataque japonés, porque mientras continuase la guerra en Corea, las Filipinas podían considerarse a salvo. Pero esta tranquilidad no significaba que no se siguiese teniendo interés en lo que sucedía en Japón, por lo que los franciscanos iban enviando informes desde allí, acerca de todo tipo de temas, como los problemas entre Hideyoshi y su hasta entonces heredero, Hidetsugu (1568-1595)³⁸, la situación de la guerra con Corea o la salud cada vez más delicada del Taikō³⁹.

Un documento que merece ser comentado con algo más de detalle es el informe⁴⁰ que escribió a finales de 1596 el franciscano Martín de la Ascensión (1566-1597)⁴¹, llegado a Nagasaki en junio de ese mismo año. En este informe, el franciscano da rienda suelta a sus deseos de expansión hispánica cuando cree que Castilla podría haberse apoderado ya de Japón, “se han ofrecido muchas ocasiones en que pudieron [los castellanos] ser señores de él”, e incluso recomienda cómo podría aún llevarse a cabo y convertirse Felipe II en soberano también de Japón “como lo es de derecho”:

³⁸ Cuando Hideyoshi consiguió tener un hijo varón, obligó a Hidetsugu a suicidarse, junto con toda su familia y servidores.

³⁹ Por ejemplo, en A.G.I., sección Patronato 25 R58. Carta de fray Jerónimo de Jesús a Luis P. Dasmariñas, 13/11/1595.

⁴⁰ El documento se denomina “Relación de las cosas del Japón para don Luis Pérez Dasmariñas” y se incluye dentro de A.G.I., sección Filipinas 18B R7 N70. Carta de L.P. Mariñas sobre Martín de la Ascensión, mártir, 28/06/1597. Se encuentra en tan mal estado de conservación que su lectura y análisis se hacen prácticamente imposibles, por lo que se ha trabajado a partir de su transcripción en Sola, 1980.

⁴¹ Este no es su nombre real, aunque es por el que se le ha conocido, aparece también a veces como Martín de Aguirre, el que se cree que era su nombre antes de hacerse franciscano.



pueden los padres en Nagasaki armar un ejército de trescientos mil cristianos arcabuceros, de quien se podrán fiar como de los mismos españoles; porque los tienen aficionados los padres con mucho favor que les dan en la nave de Macao (...) y con esta gente podrían conquistar todo Japón.

Como pasos previos recomienda poner a los jesuitas bajo las órdenes de Manila y conquistar Formosa cuanto antes. También cree que los castellanos deberían hacer tratos con el señor de la gran región de Kantō, nada menos que Tokugawa Ieyasu (1543-1616), haciendo una predicción muy acertada:

el rey de Canto, que es uno de los reyes más poderosos que hay en el Japón después del Combaco⁴², y muerto el Combaco se entiende ha de suceder en el gobierno de todos los reinos y será señor de todo como lo es Combaco, se ha ofrecido que dejará hacer iglesia, predicar la ley de Dios en su reino de Canto, que es grande, con que le alcancemos una chapa del Gobernador de Manila para enviar un navío a la Nueva España con mercadería.

Queda esta última parte cronológicamente fuera del ámbito de este artículo, pero sí podemos afirmar lo acertado de las palabras del franciscano tanto en lo referente a la llegada al poder de Ieyasu tras la muerte de Hideyoshi como de su interés por el comercio con Nueva España como condición para favorecer a la evangelización de Japón; en estas relaciones con el *shōgunato* Tokugawa sería clave la figura de fray Jerónimo de Jesús. Dasmariñas hijo iba informando periódicamente a la corte de Castilla de todos estos hechos, aunque sin tantos detalles, en diversas cartas⁴³ a lo largo de estos dos años que hemos considerado “de calma”.

⁴² Transcripción libre del título que había ostentado Hideyoshi hasta poco tiempo atrás, *kanpaku*, regente, a veces aparece también como “quampec”, “cuampac” o “combacondono”, añadiendo el sufijo honorífico *tono/dono*, propio del idioma japonés de la época. Pese a ser llamado así, el cargo de Hideyoshi en ese momento era ya el de *taikō*, en muchos otros documentos sí se le llama por este segundo título, normalmente transcrito como “taicosama”, añadiendo el sufijo honorífico japonés, *sama*.

⁴³ Por ejemplo, en A.G.I., sección Filipinas 18B R5 N35. Carta de L.P. Mariñas sobre Japón y China, 15/05/1595; y A.G.I., sección Filipinas 18B R5 N36. Carta de L.P. Mariñas sobre labor franciscana en Japón, 03/06/1595.



Pero, como suele suceder, tras la calma llegó la tempestad, y esta frase hecha nunca estuvo más justificada que en esta ocasión puesto que la causa del final de la tranquilidad en las relaciones entre Castilla y Japón –o en la ausencia de las mismas– tuvo como origen precisamente una tempestad. La que hizo que el galeón San Felipe, que cubría la ruta Manila-Acapulco, se viese obligado a dirigirse a costas japonesas, con todo lo que ello conllevó. Del incidente del galeón San Felipe se ha escrito muchísimo y muy variado, y más aún del asunto de los mártires de Nagasaki, que fue teóricamente consecuencia del primero, habiendo diferentes versiones muy enfrentadas entre sí –especialmente las de Portugal y los jesuitas, y las de Castilla y las órdenes mendicantes–, de nuevo, no es lugar ni se dispone de espacio para tratar en profundidad un tema tan complejo. Si lo incluimos, aunque sea brevemente, es porque la presencia de los franciscanos en Japón como embajadores y su posterior tarea misionera es uno de los supuestos motivos de la dura sentencia –aunque el tema de las motivaciones para ello es uno de los asuntos más discutidos.

Según la práctica totalidad de la literatura que trata el tema, el principal motivo fue que, cuando el gobernador enviado por Hideyoshi interrogó a algunos miembros de la tripulación del San Felipe, uno de los testimonios fue el del piloto del navío, un tal Francisco de Landia (?-?), y éste supuestamente quiso impresionar al japonés enseñándole en un mapa la gran cantidad de territorios sobre los que gobernaba Felipe II –de la misma forma en que, recordemos, Dasmariñas había hecho en la carta que entregó fray Juan Cobo tiempo atrás–; de lo hablado en esta entrevista, cabe aclarar, no hay testigos directos ni documentos escritos⁴⁴. Al preguntarle el gobernador japonés cómo lo había hecho Castilla para poder conquistar tantos y tan grandes territorios, el piloto le dijo que primero se enviaba a esa nueva tierra a los sacerdotes y frailes, que se encargaban de convertir a una parte de la población y las élites, y así era más fácil la conquista cuando poco después llegasen los ejércitos castellanos, que de esta manera se había hecho en Perú o Nueva España.

Pero, como decíamos antes, la estrategia que los franciscanos utilizaron para empezar a predicar en Japón podría ser otro de los motivos o, como mínimo, es uno de los que el propio Hideyoshi uso como justificación en la misma sentencia. En ella cita también su edicto de 1587, cuyo incumplimiento, como habíamos comentado al hablar del mismo, el

⁴⁴ Cabezas, 1995, p.243.



17 → Taikō decidió no castigar entonces pero guardó para una mejor ocasión, como la presente – refuerza esta tesis, además, el hecho de que uno de los ejecutados fuese precisamente el propio Pedro Bautista:

Sentencia del Combaco, Señor de Xapon, contra los religiosos descalzos y sus dojicos, que hizo martirizar en Nangasagui.

Por quanto, estos hombres vinieron de los Luzones, de la isla de Manila, con titulo de embajadores, y se dejaron quedar en la ciudad de Miaco, predicando la ley de los Cristianos, que yo prohibí los años pasados rigurosamente, mando que sean justiciados, juntamente con los Xapones, que se hizieron de su ley. Y asi estos veinte y quatro, quedaran cruzificados en la ciudad de Nangasaqui; y por que, yo torno a prohibir de nuevo, de aqui a delante la dicha ley, entiendan todos esto; y mando, que ponga en ejecución. Y si alguno fuere osado, a quebrantar este mandato, sea castigado con toda su familia.⁴⁵

Tras el incidente del galeón San Felipe en Manila se entendió que la relación de amistad a la que supuestamente se había llegado con Hideyoshi había terminado –aunque se dieron nuevos aunque tímidos intercambios de cartas–, por lo que se volvió a temer una invasión japonesa de las Filipinas. Este temor no acabó ni siquiera tras la muerte del Taikō, en septiembre de 1598, puesto que entonces los ejércitos japoneses se retiraron de Corea y esto llevó a pensar a los castellanos de Manila que este grandísimo número de soldados podrían querer hacer fortuna conquistando las Filipinas. El ataque nunca se produjo y Manila decidió hacer caso a la orden de Hideyoshi, no enviando por el momento a más religiosos a Japón, pese a la insistencia de los franciscanos, que seguían pidiendo permiso para enviar más frailes.

Conclusiones

Las fuentes primarias utilizadas para este artículo demuestran que los franciscanos, tras años de insistencia tanto en Madrid como en Manila –donde llegaron incluso a amenazar con la excomunión al gobernador–, consiguieron entrar y quedarse en Japón con el único encargo de actuar como embajadores, pero que, una vez allí, centraron todos sus esfuerzos

⁴⁵ Morga, 1909, p.59.



en la tarea evangelizadora, y no en la diplomática, algo para lo que en teoría no estaban autorizados por la ley japonesa ni –aunque esto es discutible– por la del propio Vaticano. Además, las fuentes arrojan como mínimo la sospecha de que esta estrategia no fue pasada por alto por Toyotomi Hideyoshi, quien esperó el momento oportuno para castigarla, quizá como una mera justificación a haber confiscado la enorme y muy valiosa carga del galeón San Felipe.

También vemos como la presencia continuada en Japón de miembros de esta orden mendicante fue aprovechada a su vez por el gobierno castellano de Manila –e indirectamente por el de Madrid– para saber lo que estaba sucediendo en el país, actuando pues también como una especie de informadores privilegiados que se dejaban querer por Hideyoshi al tiempo que proponían a Castilla una invasión de Japón. Esta idea, la del envío de sacerdotes para crear una especie de quinta columna formada por los conversos antes de la llegada de las tropas invasoras, pesaba como sospecha sobre los castellanos ya antes de su llegada al país, promovida por los portugueses y los jesuitas antes de la unión de las coronas ibéricas. Y fue además otro de los supuestos motivos por los que Hideyoshi emitió una sentencia tan dura tras el incidente del galeón San Felipe.

Por otro lado, la llegada de las órdenes mendicantes –pues tras los franciscanos llegaron también agustinos y dominicos– fue un foco de problemas y rivalidad con la Compañía de Jesús, quienes ya habían puesto muchos esfuerzos en evitarla antes de que se produjese, sobre todo a través de su visitador de las misiones en las Indias, Alessandro Valignano. A la larga, esta constante rivalidad dentro de las órdenes católicas sería una de las justificaciones para la expulsión de todos los extranjeros⁴⁶ y la prohibición del cristianismo en Japón en las primeras décadas del siglo XVII –aunque esto queda fuera del ámbito de este artículo–, algo de lo que se han acusado mutuamente jesuitas y mendicantes desde entonces.

Bibliografía

Bayle, Constantino. *Un siglo de Cristiandad en el Japón*. Barcelona: Editorial Labor, 1935.

Berry, Mary Elizabeth. *Hideyoshi*. Cambridge (EEUU): Harvard University Press, 1982.

⁴⁶ Con la discreta pero importante excepción de algunos holandeses, a los que se permitió vivir y comerciar en la pequeña isla artificial de Dejima, frente a la costa de Nagasaki, hasta mediados del siglo XIX.



- Boxer, Charles R. *The Christian Century in Japan, 1549-1650*. Manchester: Carcanet Press, 1993.
- Cabezas, Antonio. *El siglo ibérico de Japón. La presencia hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1995.
- Deal, William E. *Handbook to Life in Medieval & Early Modern Japan*. Nueva York: Facts on File Inc., 2006.
- Elisonas, Jurgis. "The inseparable trinity: Japan's relations with China and Corea". En Hall, John Whitney, ed. *The Cambridge history of Japan, vol. 4, early modern Japan*. Cambridge (Reino Unido): Cambridge University Press, 1991a: 235-300.
- . "Christianity and the daimyo". Hall, John Whitney, ed. *The Cambridge History of Japan, vol. 4, early modern Japan*. Cambridge (Reino Unido): Cambridge University Press, 1991b: 301-372.
- Gil, Juan. *Hidalgos y samurais: España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Iaccarino, Ubaldo. "Comercio y diplomacia entre Japón y Filipinas en la era Keichō (1596-1615)" (Tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, 2013).
- Javier, Francisco. *Cartas de Japón escritas por Francisco de Xabier*. Pamplona: Gobierno de Navarra, 2005.
- Knauth, Lothar. *Confrontación Transpacífica. El Japón y el nuevo mundo hispánico. 1542-1639*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.
- Morga, Antonio de. *Sucesos de las islas Filipinas*. Editado por Wenceslao E. Retana. Madrid: Librería General de Victoriano Suarez, 1909.
- Reis Correia, Pedro Lage. "Alessandro Valignano, attitude towards jesuit and franciscan concepts of evangelization in Japan (1587-1597)". *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, vol. 2. Lisboa: Universidade Nova de Lisboa, 2001.
- Reyes Manzano, Ainhoa. "La introducción de las armas de fuego en Japón". *Brocar, Cuadernos de investigación histórica*, 33, 2009: 43-66.
- Sola, Emilio. *Libro de las maravillas del Oriente Lejano*. Madrid: Editora Nacional, 1980.
- . *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614*. Alcalá de Henares: Fugaz Ediciones, 1999.
- Takizawa, Osami. *La historia de los jesuitas en Japón (siglos XVI-XVII)*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2010.

